

Sobre la cultura

En un país de tanta tradición en Buscones, Lazarillos, Rinconetes y demás prototipos de la picaresca, nunca es superflua cierta actitud, entre defensiva y precautoria, antes de aceptar, sin más, la mercancía que se nos ofrece o las proposiciones que se nos hacen. porque puede ocurrir —y desgraciadamente sucede con frecuencia— que se nos den burdas falsificaciones, material averiado, puro matute; en suma, eso tan español que popularmente se expresa como «gato por liebre».

Viene esto a cuento, aunque para muchos pueda ser motivo de escándalo o indignación, del hecho sociológico —por llamarlo de alguna manera— que ha puesto de moda la cultura. Pero acontece que la moda puede ser una manipulación y que con ella aparecen como por generación espontánea, toda clase de arribistas, medradores, oportunistas, parásitos y aprovechados de las más variadas, extensas e insospechadas especies, a los que Gala llama «cultureros», por lo que resulta útil realizar algunas precisiones, un breve análisis, de lo que debemos entender por cultura.

Así, pues, lo primero que ha de aclararse es lo que sea cultura ya que la vaguedad popular del término hace de la palabra un auténtico cajón de sastre. Cultura tiene una aceptación reveladora que coincide con su raíz originaria: cultivo. Y cultivar no es otra cosa que promover y facilitar las condiciones idóneas para que algo vivo crezca y se desarrolle en su plenitud.

En este sentido, si el hombre tuviera solo una vida somática, exclusivamente física, el hecho cultural quedaría limitado a conseguir satisfacer sus necesidades biológicas y alcanzar la mayor fortaleza. Pero el hombre posee, además, una inteligencia, un psiquismo que también debe, de forma paralela, desarrollarse en todas sus posibilidades. Esto nos lleva a otro significado de la cultura: asimilación de conocimientos y mejoramiento; lo que implica, por un lado, la utilización de saberes, ciencias, técnicas y artes, acumulados por el hombre a lo largo de siglos de evolución y experimentación; de otro, que el objetivo es mejorarse mediante el ejercicio de sus facultades —«afinarse», dice la Academia.—

Con este somero examen se nos revela que la cultura no puede entenderse como algo independiente del individuo, como un conjunto de cosas, de ideas, de obras que existen y están ahí; por el contrario, la cultura necesita al hombre como sustancia, como soporte: es el resultado de la apropiación por éste, haciéndole un ser cultivado, mejorado, «afinado». De ahí que la cultura no pueda suministrarse como un traje o un electrodoméstico; puede, eso sí, propiciarse facilitando los medios para alcanzarla. Pero ésta —la cultura—, como la propia vida, es siempre una aventura personal dura, esforzada, silenciosa y emocionante que a cada cual corresponde emprender.

Conviene subrayar e insistir que la cultura no es acopio, sin más, de datos, conocimientos, técnicas; que tampoco lo son, por sí mismas, las ciencias, las artes, las ideas, que pueden quedar, sin la menor trascendencia, olvidadas en cualquier rincón de biblioteca o museo; cultura es, sencilla y simplemente, el resultado de ejercitar el hombre singular, individualizado, sus facultades intelectuales con un claro objetivo de perfeccionamiento que, obviamente, consiste en lograr mayor calidad humana.

Clarificado ya el concepto, estamos en condiciones de poder discernir que el favorecer o promover la cultura, tiene un condicionante previo y necesario: la promoción

del individuo, del hombre, sin el cual no es posible aquélla.

Y esto nos hace volver al principio, a la necesidad de ser precavidos con lo que se nos oferta, pues intereses puramente económicos o ideológico, aprovechando propicios vientos, pueden estar desvirtuando la más noble y deseable de todas las aspiraciones: la cultura entendida en su recto sentido.

Hasta ahora, que yo sepa, no se ha procurado seriamente convertir el libro en un bien de primera necesidad al alcance de todos; no se ha protegido, con eficacia, la inteligencia y la sed de saber o crear, para que dejen de estar influidas por la situación económica; hasta ahora no se ha hecho de la Universidad —con clara raíz y vocación etimológica de universalidad— una institución que implique a todos, incluso al propio hogar y a la familia transformándose en algo vivo y no en simple fábrica de papelitos para colgar en despachos... Organizar algún espectáculo más o menos folklórico, convocar concursos, crear premios, no dejan de ser simples anécdotas, cuando no oportunismo. Hace falta mayor hondura y más imaginación y esfuerzo para hacer que el hombre, de verdad, se cultive, se haga culto y, en definitiva, mejor.

Miguel MOLINA

Enero 83